



¡Aquí la soberanía nuestra no importa!

Por: Graciela Uribe Ramón¹

He recorrido el Caquetá desde hace más de 30 años y vivido diferentes etapas de su historia. Con la esperanza de que algún día se podrían vivir tiempos mejores, seguí el proceso de las negociaciones de las Farc con el gobierno y aplaudí la firma de los Acuerdos. El departamento, testigo y víctima de muchas guerras, podría por fin, iniciar un proceso de construcción de paz territorial, donde sin la amenaza de los fusiles, volvería la mirada al campo, a las organizaciones sociales, a la defensa del territorio amazónico.

Pero, y no deja nunca de sorprenderme, el encuentro con la realidad me llevó a comprender una vez más, que el paso de la letra de los Acuerdos a su conocimiento y aplicación será un asunto de tiempo, de esfuerzo y de nuevas luchas. Encontré un muro de apatía, desconocimiento, desinformación, desconfianza y la fuerza que tiene entre la población la llamada “posverdad”, los falsos rumores que a fuerza de repetirse se convierten en verdades.

El golpe al constatarlo fue duro y en seco. Había preparado con juicio un taller en el que participaron un centenar campesinos, líderes en sus comunidades. Entre ellos también había expectativa y la respuesta fue positiva, pero preocupante. Porque una cosa es lo que está escrito en los Acuerdos y otra muy distinta lo que se empieza a constatar en la medida que avanza la puesta en marcha, el cumplimiento de los compromisos por las partes, la aprobación de los decretos reglamentarios, los intereses políticos y económicos para la administración de los recursos, las campañas electorales.

Todo esto puesto en contexto del territorio del Caquetá donde el caciquismo político, la corrupción, la presencia de las empresas explotadoras de petróleo y el ESMAD que las defiende, la minería ilegal que avanza sin ningún control envenenando los ríos, el mercado verde, las negociaciones para la erradicación voluntaria de cultivos de coca, amenazadas en simultáneo con la presencia del ejército que fumiga los cultivos, el mal estado de las vías, la presencia voraz de ONGs que buscan apropiarse de recursos, la falta de capacidad de las administraciones municipales, aumentan la desconfianza de los campesinos colonos, que una vez más expresan, “Aquí la soberanía nuestra no importa”

¹ Teóloga, Magister en Desarrollo Rural, investigadora problemas rurales e integrante del Grupo de investigación “Conflicto, región, sociedades rurales” de la U. Javeriana.

Si bien admiten que la guerrilla de las Farc ha dejado las armas, este es un sabor agridulce. Porque, por un lado se sienten liberados de la extorsión, del sonido de las bombas, pero por otro tienen temor por los rumores de la presencia de otros actores armados. Aumenta el robo, la extorsión, el asesinato selectivo y como todos conocemos, la justicia no opera y la policía, en la que tampoco creen, no hace presencia.

No es el mejor de los escenarios. Los problemas sociales y económicos, con nuevos retos, son los mismos, por lo tanto el cultivo de la hoja de coca se mantiene como alternativa. El ejército, según se conoce, reorganiza los batallones en función del pos-conflicto, sin embargo se tiene la percepción de que se recicla con proyectos como Pasión Caquetá o la Burbuja Ambiental, para poder infiltrar, vigilar, criminalizar. Se habla de una presencia para-militar disfrazada que hace inteligencia, crea miedo y tiene relación con las FFAA, la policía, las empresas petroleras.

No obstante, hay un avance significativo de la organización por la defensa del territorio y la lucha por el agua como un derecho. Las empresas explotadoras de petróleo constituyen una amenaza real sin importar los estudios de impacto ambiental, en la medida que llegan con el aval del gobierno y sustituyen las alcaldías con el ofrecimiento de servicios públicos, entre otros.

El reto por lo cotidiano que amenaza la supervivencia, en este momento a mi manera de ver, es mayor que el interés por la aplicación de los Acuerdos entre las Farc y el gobierno. Defenderlos es otra lucha que tienen que dar, pero aún no se han apropiado de ellos, no los sienten como propios. De alguna manera consideran que sólo buscaban un beneficio para las Farc, no para el campesinado. En la medida que se analizan los Acuerdos, los comprenden, pero será un proceso largo asimilarlos.

¿A quién le corresponde este reto? Los Acuerdos significan un proyecto de país para el campo, pero también para cambiar la forma tradicional de hacer política, de pedir y aceptar el perdón para la reconciliación, de reconocimiento de la verdad, la justicia y reparación. Difícil pregunta para responder. Lo que sí es preciso analizar, también con una lectura desde otras regiones del país, es el rol que nos corresponde en la responsabilidad social que tenemos como colombianos en este momento histórico y las amenazas que cada día vemos más de cercanas.